

Ensayo sobre el principio de la población Libro I

Thomas Malthus

Ediciones LAVP

www.luisvillamarin.com

Ensayo sobre el principio de la población

Libros I

Colección Economía y Geopolítica N° 2

Thomas Malthus

Primera edición 1796

Prólogo en español de 1826

Reimpresión enero de 2021

© Ediciones LAVP

www.luisvillamarin.com

ISBN

Todos los derechos reservados, Ninguna persona natural o jurídica, podrá reproducir con fines comerciales parte o toda esta obra, por ningún medio, sin la autorización respectiva del editor. Hecho el depósito de ley.

INDICE

Introducción	6
Libro I	47
Capítulo I. Exposición del asunto. Relación entre el aumento de la población y las subsistencias	51
Capítulo II. Obstáculos generales que se oponen al aumento de población y modo con que obran	51
Capítulo III. Obstáculos que se oponen al desarrollo de la población en los estados ínfimos de la sociedad	75
Capítulo IV. Obstáculos que se oponen al desarrollo de la población en las naciones indígenas de América II	83
Capítulo V. Obstáculos a la población en las islas del mar del Sur	110
Capítulo VI. Obstáculos a la población entre los antiguos habitantes del Norte de Europa	133
Capítulo VII. Obstáculos a la población en los pueblos pastores de la actualidad	157
Capítulo VIII. Obstáculos que encuentra la población en varias comarcas del África	179
Capítulo IX. Obstáculos a la población en la Siberia septentrional y meridional	196
Capítulo X. Obstáculos a la población en Turquía y en Persia	210
Capítulo XI. Obstáculos que se oponen a la población en el Indostán y el Tíbet	218
Capítulo XIII. Obstáculos a la población en la China y el Japón	231
Capítulo XIV. Obstáculos a la población entre los griegos	251
Capítulo XIV. Obstáculos a la población entre los romanos	261

Introducción

Pocos libros habrá, cuya aparición haya suscitado tantos debates como el “**Ensayo sobre el principio de la población**” de Thomas Malthus. Este escritor británico, se vio rodeado al mismo tiempo de encarnizados adversarios y de fanáticos admiradores. Le acusaban los primeros de haber ultrajado a la vez a la humanidad y a la razón, y de haber despreciado los principios de la moral y de economía política.

Los segundos, al contrario, saludaron la aparición de este ensayo como un bien para el mundo y una gloria nueva del espíritu humano, como una revelación (aseguró Hegewisch, traductor alemán de Malthus) de las leyes del orden moral comparable al descubrimiento de las leyes del orden físico del universo por Newton.

No contentos los primeros con rechazar fuertemente todo consejo de prudencia dirigido a las familias, toda idea de “*repugnancia moral*”¹, sostenían que en todo país la riqueza y el bienestar no podían aumentar sino por la población, y que donde no se verificara esta ley económica era preciso acusar las instituciones humanas, la mala distribución de los bienes, los vicios y la avaricia de los ricos y poderosos.

¹ No hemos encontrado en español una palabra que explique completamente la idea que concibe Malthus y que expresa con la palabra (*moral restraint*). En tal conflicto hemos traducido repugnancia moral, que es el temor, oposición o dificultad que se presenta al hombre en contraer matrimonio cuando sabe que no ha de poder mantener a su familia. (**Nota de los Traductores**).

Los segundos en el arrebató de su celo restrictivo, iban más allá de lo que Malthus había podido imaginar; pasaban de la repugnancia moral al retraimiento físico, y no temían proponer medios preventivos que rechazan igualmente el buen sentido y la ciencia.

¿Quién se admirar a de esto? ¿Quién no sabe cuán fácil es a extraviarse el espíritu del hombre en el estudio de esas cuestiones morales y políticas, en esas cuestiones tan complejas, donde no puede llegarse a la verdad sino siguiendo el resultado de diversos principios ingeniosamente combinados, y donde por la naturaleza misma de las investigaciones el sentimiento viene a mezclarse con la razón y a turbar su pureza?

No se les disimula bastante a los hombres que cultivan las ciencias morales y políticas estas dificultades y estos peligros que no encuentran los geómetras que, *“estando acostumbrados, dice Pascal, a los principios puros y sólidos de geometría, y a no razonar sino después de haber visto bien y manejado sus principios, se pierden en las cosas sutiles, cuyos principios no se dejan manejar de este modo”*.

La cuestión de la población está enlazada con la moral y la política, la economía nacional y la economía doméstica. El Estado, la familia, el individuo, están también interesados, en el presente y en el porvenir, por su fuerza como por su felicidad.

Así, ¿qué de aspectos diversos no presenta? ¡Qué de puntos de vista diferentes no se ofrecen al atento observador!

Los adversarios de Thomas Malthus nos dicen en nombre de la moral que el matrimonio es la satisfacción legítima de una inclinación natural e imperiosa, en tanto que el celibato prolon-

gado es a veces causa de desorden e inmoralidad: y afirman en nombre de la política que la población es el nervio y la fuerza de los Estados. Las familias, añaden, no se conservan ni se aumentan sino cuando generaciones numerosas las enriquecen con su trabajo y las perpetúan con sus matrimonios. Mirad las familias nobles; se extinguen rápidamente porque los cálculos del orgullo contrarían en ellas los votos de la naturaleza, y no se quiere más que un hijo para dejar un rico heredero.

Si por último oís a muchos economistas, os dirán claramente que cuantos más trabajadores haya, más trabajo obtienen y por consiguiente más productos: que todo obrero produciendo más de lo que consume, lejos de temer el hambre y la miseria, debe ver en el aumento de la población un medio de abundancia y manantial de riquezas.

Siendo el hombre a la vez productor y consumidor, ¿cómo la población podrá ser a la vez causa de abundancia o de miseria? ¿Hay cosa más ridícula que tener los límites inmensos de la producción alimenticia, cuando solo una pequeña parte del globo está consagrada a esta producción, y nadie sabe qué recursos puede encontrar el genio del hombre en las fuerzas de la naturaleza para aumentar la masa de subsistencia?

Por otra parte ¿a qué esas alarmas y esos medios preventivos, y esos anatemas contra los matrimonios precoces y las familias numerosas? ¡Cómo si necesitasen esfuerzos para impedir que la población no pase los medios de subsistencia, y la vida no se prolongue más allá de lo que es imposible. Estableced teorías para probar que las plantas no deben nacer más allá de 800 de latitud!

Se oponen a estas proposiciones, proposiciones contrarias que presentan también todas las apariencias de la verdad. ¿Hay, se dice, cosa más inmoral e inhumana que dar la vida a niños que no se pueden alimentar ni educar, y que después de algunos años de lágrimas y sufrimientos tienen una muerte dolorosa? ¿Tiene el hombre derecho de rodearse de víctimas y de cadáveres para procurarse algunos placeres fugitivos, algunas satisfacciones sensuales?

Si los ricos solo por orgullo contrarían el voto de la naturaleza, ¿es esta razón para excitar a los pobres a dar al mundo hijos que no pueden educar? Una población robusta y satisfecha, da al Estado más fuerzas y seguridad que una población mucho más numerosa, pero pobre, enfermiza y descontenta.

¿Qué hombre de estado no preferiría hoy dos millones de suizos a seis millones de irlandeses? Francia con 34 millones de habitantes podría presentar en caso de necesidad ejércitos tan numerosos como la Rusia con 50 o 60 millones, de los que una gran parte no llegan a 18 años.

La fuerza de los Estados en lo que concierne a la población no se mide solo por el número de hombres: se mide también por la vida media y la vida probable. Los niños no son fuerza sino carga para la sociedad.

Bajo el punto de vista económico, se dice que los productos no se proporcionan de ningún modo por el número de trabajadores que se presentan en el mercado, sino por el trabajo efectivo. La demanda de trabajo no se determina por la población, sino por el capital.

Satisfecha una vez esta demanda, toda oferta ulterior de trabajo no produce sino una baja de salarios, útil sin duda a los empresarios, funesta a los trabajadores, peligrosa al Estado, lo que prueba al mismo tiempo, dicen, que es quimérico contar sobre un consumo siempre proporcionado a la población: como si para consumir bastase tener aquí una vida de privaciones y de miseria.

Dos mil trabajadores no ganando cada uno sino diez sueldos diarios, no consumen más que mil, cuyo salario sería un franco: consumen menos que quinientos, cuyo salario sería tres francos. Añadamos que los últimos quinientos serían felices, sanos, lo pasarían bien: seguros en el presente, podrán hacer algunas economías para el porvenir y casarse con la esperanza fundada de poder educar su familia.

Los dos mil obreros a diez sueldos por día, al contrario, serían pobres, sin cesar necesita dos y no se decidirían a tener una compañera ni a fundar una familia sino por un instinto material y la imprevisión de los brutos. Seguramente que la población ella misma proporciona siempre los medios de subsistencia: bien sabemos que no es posible a los filántropos hacer milagros, ni prolongar la vida del hombre más allá de donde es imposible.

¿Pero cómo se mantendrá el nivel entre la población y los medios de subsistencia? Esto es la cuestión. Los filántropos ¡cosa extraña! dejan el cuidado de mantenerle al hambre, a los padecimientos, a la muerte: nosotros, nosotros preferimos encargarlo a la razón y a la prudencia humana.